

No mires



Lucy Solen

*Agradecimientos:*

*Dedicado a todos los que siguieron en directo esta intrépida Aventura.*

*El miedo siempre es una opción, la literatura de terror no lo es, nos atrapa y no seduce de una forma poco inusual. Esos sobresaltos, esas pulsaciones elevadas y sentir bombear tu corazón, eso no es una ficción...es real*

*Lucy Solen*

**NO MIRES**

**LUCY SOLEN**

Valencia, 2017

Escrita por: Lucy Solen

1ª edición

Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Editado por Sonsoles Álvarez

## NO MIRES

Comenzaba el fin de semana. Todos habíamos alquilado una casa antigua a la bajada de la ladera de la Sierra de Gredos. Dos días para disfrutar de la tranquilidad y de la naturaleza. Rodeado de los amigos de la infancia: Carla, Lucía, María, Ana, Iván, Carlos y yo, Irene, pero ese viaje se convertiría en nuestra peor pesadilla, un capítulo de mi vida que jamás podré borrar de mi mente y que me perseguirá hasta mis últimos días siendo una condena a lo que mis ojos vieron, mi cuerpo sintió y mi mente perturbó.

En la tarde noche llegamos a esa casa, perdida entre la naturaleza, entre los montes de aquella maravilla de sierra. El sol se ocultaba tras una de las laderas, dejando un color anaranjado y morado, dibujando en el cielo pinceladas difuminadas.

Bajo un silencio abrumador solo se nos escuchaba a nosotros, retumbando el eco escuchábamos nuevamente nuestras voces. La casa de una piedra gris algo oscura y tosca, una entrada de madera y una puerta encajada por el poco hábitat de esta.

Ante nosotros se abría un salón con una chimenea de piedra, dos sofás y una mesa rectangular de madera. Un pequeño baño con una ducha algo estrecha, pero para estos dos días nos era más que suficiente. La última puerta, una habitación con cinco literas, con un espacio justo para poder acceder a ellas.

Después de dejar nuestras mochilas, decidimos dar un pequeño recorrido por los alrededores de la casa, la luz comenzaba a desaparecer ante nosotros. Cogimos nuestras linternas y salimos de la casa. En ese momento, cuando estábamos ya todos fuera de la ella, una corriente de aire fuerte nos rodeó cerrando de un portazo la puerta. Aquél sonido retumbó en todo aquel enigmático lugar. Todos nos miramos, con esa sonrisa que no sabíamos cómo definir entre el susto, la sorpresa y lo inesperado. Esa corriente que de la nada vino, de la nada desapareció volviendo todo a la normalidad.

Comenzamos a alejarnos tan solo unos metros de nuestra zona, caminando cuesta arriba sobre una de las laderas en grupo, bromeando entre nosotros y paliando un poco el susto que nos habíamos dado hacia unos minutos.

Nuestras sombras se desvanecían a la vez que lo hacía la luz, tiñendo el cielo de un negro profundo, dejando ante nosotros millones de estrellas. Maravillados mirábamos al cielo, embobados por el espectáculo que nos ofrecía aquel lugar.

Hicimos un alto en nuestro camino, ladera abajo se veía la luz difuminada de la casa. Nuevamente y sobre la nada apareció ese aire ante nosotros, revoloteando entre todos, levantando la fina arena de nuestro alrededor. Callados, nos mirábamos unos a los otros. Ese aire nos iba rodeando de uno en uno, como si fuéramos un animal de presa, algo que escudriñar. La sonrisa en ese momento se borró de nuestras caras, cuando la corriente tiró al suelo a Carla. Asustada en el suelo nos miraba, esa corriente que le había dejado de rodillas en el suelo desapareció sin más como un suspiro fuerte de algo que no podíamos ver, pero comenzábamos a sentir.

Carla se levantó y sacudió sus rodillas, se encontraba bien, pero no podía entender como un sopro de aire le había podido tirar tan solo a ella y dejarla postrada en el suelo. Sus rodillas temblaban ante la incertidumbre de lo que había ocurrido.

Todos nos preguntábamos si esta era una zona donde esos vientos salían de

la nada durante escasos segundos. No éramos novatos en las salidas a plena naturaleza y no encontrábamos ninguna explicación a lo que estaba sucediendo.

Miramos a nuestro alrededor, el silencio era abrumador y algo extraño, no se escuchaba ninguna criatura nocturna en ese paraje, tan solo nuestras agitadas y nerviosas respiraciones. Decidimos bajar hacia la casa, con algo de susto en el cuerpo medio bromeábamos para quitarle hierro a la situación.

En la casa, ya algo más calmados, y tras cenar todos juntos en esa alargada mesa de madera, bajo la atenta mirada de un fuego color anaranjado, envueltos en el olor del humo a pino disfrutábamos de unas cervezas mientras jugábamos a una partida de cartas. En todo aquel lugar solo se escuchaban nuestras risas, algo escandalosas y subidas de tono, pero poco nos duraron, fueron cortadas cuando dentro de la casa, nuevamente esa corriente de aire apareció barriendo cuanto teníamos en la mesa, cartas, botellines de cerveza e incluso una de las mochilas que teníamos colocadas en la esquina repleta de piquetas de hierro que Iván había traído, pues le apasiona la escalada.

En ese momento, muy asustados nos levantamos todos a la vez de la mesa, mirando a nuestro alrededor mientras sentíamos aun ese viento dentro de la casa que estaba completamente cerrada. Con el corazón agitado percibíamos como nos acariciaba por detrás esa fuerza, pero se alejaba, cuando de repente se apagó el fuego que teníamos encendido sumiendo la casa en la completa oscuridad.

Las puertas que había abiertas en la casa se cerraron dando un portazo, retumbando todos los cristales que daban al exterior. Entre las sombras oscuras que éramos nosotros ni nos movíamos, apenas se escuchaban casi ni nuestros latidos en aquella habitación, cuando un estruendo sonó del exterior y todo se sumió en un silencio abrumador y sórdido en nuestra mudez.

Allí unos minutos nos quedamos como cuerpos inertes de vida, mis pulsaciones se dispararon de mi cuerpo exasperado, se apoderó no solo de mí

un nerviosismo tan fuerte, que ninguno podía pronunciar ni una sola palabra. El tiempo pasaba a nuestro alrededor sin inmutarse de la presencia nuestra en esa habitación, cuando poco a poco cada uno de nosotros ante el silencio que reinaba escuchamos nuestros latidos algo más relajados.

Carlos fue el primero en pronunciar unas palabras, preguntando si no nos encontrábamos bien. Buscó una de las linternas para romper el teñido color negro que nos había rodeado. En ese momento me percaté que apretaba con fuerza la mano de Lucía, quien había estado a mi lado todo el rato. Al soltarnos teníamos nuestras manos engarrotadas y entumecidas por la fuerza de presión ejercida. Paralizados, solo salió de nuestros labios que todos estábamos bien.

Intentamos sosearnos unos a otros, tampoco podíamos dar una explicación real de qué es lo que había ocurrido, era materialmente imposible que una corriente de aire normal hubiera sido capaz de hacer eso. Murmurábamos entre nosotros sobre aquellas viejas leyendas de pastores sobre estas laderas, aquellas historias que nuestros abuelos nos habían contado.

Aun todos con las piernas temblorosas intentamos recoger un poco todos los cristales rotos que había en el suelo, la mochila y las cartas que se encontraban repartidas por toda la casa. Recogiéndolas, me llamó algo la atención cuando encontré la última carta. Todas se encontraba boca abajo menos la última, el siete de bastos. Miré la carta mientras me encontrada de cuclillas en el suelo. Siete, siete éramos nosotros, era una señal o quizá un aviso. MI mente no sabía ni que pensar y pocas veces había creído en las casualidades, pero en las horas que llevábamos aquí ya nada era como yo pensaba. Llamé a todos para que vieran y vieron lo que mis ojos habían visto. Las discusiones se iniciaron, unos decían que nos estábamos dejando llevar por el pánico de lo que nos estaba sucediendo y que la carta no demostraba nada, simplemente casualidad de un número. Carla habló imponiendo la cordura sobre todo, pero dejando muy claro que no había sido su imaginación quien había hecho besado el suelo con sus rodillas.

Intentamos sosearnos y moderar nuestros nervios aquellos que nos estaban



enfrentando unos a los otros. María, en ese momento de silencio, dentro de la calma que nos podíamos permitir, recordó ese estruendo en las afueras de la casa. Yo dudé en salir, nunca había creído en esos juegos de fantasma o fenómenos asociados a espíritus o almas errantes de una vida anterior, pero ya dudaba de mí misma en todo. Juntos formando un pelotón, con una linterna en la mano nos acercamos a la puerta, Iván la abrió y junto con Carlos asomaron su cabeza. Todo parecía en calma y salimos los demás para asegurarnos de esa realidad.

La noche cernida sobre el monte, ni las estrellas nos velaban esa noche, la oscuridad colmaba cada lugar que nuestros ojos registraban. Podíamos haber salido algo más, pero a ninguno le apetecía o creía oportuno ante la tenebrosidad que había indagar sobre ese estruendo, ese sonido como si el cielo hubiera caído a nuestros pies.

Todos justos en la habitación donde se encontraban las literas decidimos descansar, al menos tumbarnos y cerrar los ojos e intentar que nuestros pensamientos desviarán todo lo que nos estaba ocurriendo desde que llegamos. Parecía que llevábamos toda una eternidad en este lugar, cuando tan sólo llevábamos unas horas. Cerré mis ojos, desvié esos pensamientos y el cansancio quizá en todos hizo que descansáramos bajo un silencio absoluto.

En la mañana, desperté asustada, pegando un brinco de la cama, mi corazón parecía que se iba a salir de mi cuerpo. Con los ojos más abiertos fui mirando a cada uno de nosotros. Dormían plácidamente aún, mientras la luz entraba con suavidad en lo que anoche nos sumió en algo sombrío.

Cuando mi vista llegó a la cama de Carla ella no estaba, no se encontraba allí. Me levanté despacio y abrí la puerta del dormitorio para asomarme al salón, pero tampoco estaba allí, la llamé en voz alta varias veces sin recibir contestación alguna. Miré en el baño y nada, tampoco se encontraba allí. Empezaba a impacientarme por no verla. Decidí abrir la puerta de la casa y asomarme pero seguía sin verla por ningún lado. Volví a repasar cada habitación y nada, la llamé y la contestación se quedó muda. Ya nerviosa miré su cama y toqué su colchón, se encontraba frío, lo que significaba que hacía

rato que se había levantado, pero lo más extraño es que sus zapatillas estaban en su lado de cama, junto con todas sus cosas. Alarmada empecé a despertar a todos, algo estaba pasando, Carla jamás hubiera salido sin al menos avisar a alguien y menos con lo ocurrido ayer.

Los chicos salieron fuera de la casa para buscarla por los alrededores, gritaban su nombre que retumbaba por toda la ladera, pero seguíamos igual, no había señales de ella. En casa no había ningún rastro que nos dijera cuando se había ido o si le había pasado algo.

Daba vueltas de un lado para otro intentado pensar, aclarar mis dudas y razonar que es lo que podía llevar a Carla a salir de aquí sin avisar o quizá le había ocurrido algo, cuando me detuve en la mesa de madera y justo en el medio me encontré una carta boca arriba. Yo recordaba haber recogido todas, me acerqué despacio a la vez que avisaba a las chicas, mis ojos se abrieron de par en par y por ellos involuntariamente salieron lágrimas de impotencia y desconocimiento a lo que ocurría, la carta era el seis de bastos.

Todas asustadas y aterrorizadas nos miramos unas a las otras, cogí la carta y pertenecía a nuestra baraja, la misma que había dejado encima de la repisa de la chimenea. Me acerqué a cogerla, como una paranoica busqué todos los bastos, extendí en la mesa todas hasta localizar ese palo, pero justo faltaban: el cinco, el cuatro, el tres, el dos y el uno de bastos. Mis pulsaciones y las de todas se dispararon cuando nuestros ojos volvieron a repasar las cartas que faltaban. Perplejas por la incertidumbre, por lo desconocido asomó vivo el pánico, esa sensación de estar viviendo una pesadilla, una ansiedad se apoderó de nosotras en ese salón, no sabíamos dónde podíamos estar a salvo.

Los chicos aparecieron por la puerta de repente, aquello nos hizo saltar y brincamos del susto que teníamos metido en el cuerpo. No había rastro de Carla por ningún lado. Nos temíamos lo peor, todo era muy extraño a nuestro alrededor, ni en la mañana se escuchaban los cantos de los pájaros, ni tan siquiera aquellos riachuelos cercanos del lugar.

Mudos, en la mesa muchos de nosotros nos llevábamos las manos a la cabeza. Quizá había llegado la hora de abandonar este lugar y bajar hasta el

pueblo donde podíamos avisar a la policía de todo lo ocurrido, a sabiendas, de ser llamados locos, al menos denunciaríamos la extraña desaparición de Carla.

Recogimos nuestras mochilas y todo juntos salimos ladera abajo, siguiendo el camino por que el ayer habíamos venido, aquel que nos conduciría a la civilización, cuando detrás de nosotros se escuchó un estruendo y en la lejanía esa corriente, ese viento, ese céfiro soplo que nos puso el vello de punta. Instintivamente giramos nuestras cabezas, nuestros ojos no daban crédito a lo que estábamos viendo, un cielo ceñido en tonos morados, malvas y azules, acentuando esos estruendos por una tormenta eléctrica diferente, unos rayos anaranjados que jamás habíamos visto en nuestra vida. Un aire que nos empezaba a acariciar, esa transparencia casi inapreciable. Inmóviles, nos quedamos paralizados, inertes en el pánico que sentíamos, cuando Iván, que iba el último, ante nuestros ojos su cuerpo fue atravesado por uno de esos rayos, convulsionando completamente su cuerpo, entrando en combustión, una antorcha humana que se desintegró, convirtiéndose en cenizas delante de todos nosotros impotentes, pues fue en tan solo unos segundo que sólo nuestros gritos se escaparon de nuestras bocas.

Corrimos tan veloz como pudimos, pero una extraña fuerza nos frenaba, era como ir contra corriente en el agua, por muchos esfuerzos que hiciéramos y fuerza ejerciéramos nada podíamos avanzar. Aterrorizados ante la impotencia, estremecidos unidos de la mano, la corriente se apoderó de todos, escuchábamos un zumbido cada vez más fuerte y sonoro, más cerca, mucho más hasta que acrecentó a unos niveles que nos alzó del suelo, levitábamos como papeles en un día de tormenta, e igual que todo había comenzado, todo terminó, cayendo todos fuerte contra el suelo a una altura de casi tres metros.

Inmóviles en el suelo, cada uno en una parte del camino, paralizados y temerosos de hasta abrir los ojos volvió esa calma, esa misma que a su vez era intranquila.

Mi codo se encontraba fracturado, a la vez que el hombro lo notaba algo más caído, lo más seguro es que estuviera dislocado, pero al menos logré ponerme de pie. Todos poco a poco logramos casi incorporarnos a pesar de las múltiples lesiones que teníamos por la fuerza en la caída.

Nos juntamos todos aun en silencio, no éramos capaces de pronunciar ninguna palabra, pero nuestros ojos eran un fiel reflejo de que es lo que estábamos viviendo. Esa congoja, el horror a la impotencia de cuanto nos estaba sucediendo, a no saber de Carla, a lo que tan solo unos minutos habían vistos nuestros ojos en la muerte de Iván y justo en esa calma de la nada del cielo cayó en el medio de nosotros una carta bocabajo, temerosos la mirábamos, ninguno de nosotros se agachaba porque quizá sabíamos lo que era y lo que significaba.

María se agachó y levantó la carta, era el cinco de bastos, al verla grité con todas mis fuerzas, con toda esa impotencia que tenía dentro de mi cuerpo << ¿qué queréis de nosotros?>> la angustia se apoderó, parecía el peor de los sueños que estuviera viviendo, y por dentro pedía una y otra vez despertar, pero sabía que lo real, lo innegable, el dolor que tenía por mi hombro y mi codo, eso no era una pesadilla.

Entre nosotros esa desesperación de no saber cómo salir, si movernos y continuar caminando, si volver hacia la casa o quizá buscar el puesto de socorro en la incertidumbre de saber si llegaríamos vivos a tales lugares. Íbamos cayendo uno a uno y el próximo ¿quién sería?...

Ante ese nerviosismo intentábamos pensar que era lo mejor, cada uno de nosotros decía una cosa totalmente diferente y dispar. Incluso Carlos, nos hizo dudar aún más, cuando dijo que quizá por separado podríamos salir de esto, de eso que nos estaba atacando y matando.

Yo no pensaba que fuera buena idea, juntos habría quizá más posibilidad de salir vivos, pero ¿cómo vencer esa fuerza? Algo que era casi ni apreciable, que no se podía ni tocar, esa sensación de sentirlo tan cerca, como cuando una persona la tienes detrás y sientes su aliento. Era una sensación tan similar, como atacar o defenderse de algo ni tan siquiera podíamos explicar.

Lo que estaba claro es que todos debíamos de permanecer unidos y la propuesta de Carlos, no llegó a buen puerto, aunque el resto tampoco es que no

llevaran a uno bueno.

Decidimos ante ese silencio en medio de la montaña, en la que ni una sola criatura asomaba, en la que ningún ave volaba a nuestro alrededor, que continuábamos todos juntos, tan justos como pudiéramos, con nuestros huesos rotos y nuestras heridas.

Nuestro destino continuaba siendo ladera abajo, donde se encontraba el pueblo, el mismo donde nos dejó el autobús. Comenzamos a caminar formando una piña, apoyándonos unos en los otros, mirando en todo momento a todos los lados, nuestras cabezas parecían brújulas perdiendo el sentido de la orientación. Cuando llevábamos veinte minutos andando, en el que esa brisa misteriosa no había aparecido, no sabíamos si calmarnos o ponernos más nerviosos. No solo yo, sino todos en el fondo sabíamos que volvería aparecer y si los minutos pasaban, eso quería decir que poco quedaba para que apareciera ante nosotros.

Solo llevábamos un día en esta ladera y nuestros cuerpos se encontraban demacrados, apenas habíamos comido en el día de hoy y como podíamos aguantábamos el dolor que poseíamos. Manteníamos un estado en alerta constante, nuestras pulsaciones se mantenían altas, al borde de que el corazón sufriera un paro, la respiración entrecortada y una constante oscilación de nuestros cuerpos.

María se detuvo de repente, aquello hizo que todos dejáramos de respirar, a lo lejos se volvía a escuchar ese zumbido, se acercaba a nosotros. El cielo se tiñó de un rojizo, un color fuego, por completo había desaparecido ese sol que nos iba dando luz y cubrió todo cuanto nos rodeaba. El cielo rugió, como si se estuviera resquebrajando, retumbaba el suelo y estalló en nosotros una violenta tormenta no de rayos eléctricos, sino de rayos de fuego. Sobre nosotros caían las ascuas de lo que en nuestras alturas estaba sucediendo, temblorosos de lo que estaba por venir, por saber que uno de nosotros en ese momento iba a perder su vida. La baraja de cartas, esos números seguían su curso, y nosotros nos sentíamos atrapados. Con lágrimas en los ojos ante la impotencia, ante la agitación no solo lo que nuestros ojos estaban viendo, sino de lo que nuestros oídos escuchaban cada vez más cerca, ese zumbido, ese

aire, esa masa de lo desconocido.

El desasosiego y la inquietud, hicieron que dos de nosotros rompieran ese círculo que formábamos, fueron Ana y María quienes despavoridas salieron corriendo, cada una para un lado, la locura y el espanto hizo que perdieran el control de su mente, cuando a Ana a unos metros de nosotros quedó paralizada, vimos como poco a poco se elevaba del suelo, cada vez subía más alto, más y más alto, el cielo en ese momento se rompió, se escuchó el resquebraje, y salió un rayo de fuego que hizo que su cuerpo se dividiera en mil pedazos, cayendo los trozos de su anatomía despedazado encima de nosotros.

Estábamos completamente cubiertos de sangre, mientras a nuestro alrededor ardían los pedazos del cuerpo de Ana. Me incliné en el mismo lugar que me había quedado estática y muda, y tapé mis ojos a tanto horror, a tanta virulencia en la muerte de Ana, en todas las muertes y en la desaparición de Carla.

Todo, en tan solo unos minutos desapareció ante nuestros ojos, abriendo ese cielo azul y dando paso a un sol brillante, como si no hubiera pasado nada volvimos a ver casi el horizonte. María se acercó a nosotros, muda en voz, pero nuestras miradas transmitían ese terror que poseíamos cada uno de nosotros por dentro.

De la nada, apareció fuera de nuestro círculo la carta boca abajo, me giré y la levanté, estaba claro que era el cuatro de bastos, cuatro éramos los que quedábamos vivos; Lucía, María, Carlos y yo.

Entre lágrimas, entre la impotencia, la nulidad como persona abatida, la incapacidad de frenar lo que estaba ocurriendo, esa carencia casi de energías, el desfallecimiento se apoderó de todos nosotros. Nos mirábamos unos a los otros, nos encontrábamos impregnados en la sangre de Ana, estáticos en el mismo lugar en que nuestros ojos habían presenciado la atrocidad, la fuerza de algo desconocido.

Entre nosotros comenzábamos hablar, pensábamos que quizá si no hubiera salido aterrorizada corriendo, se pudiera haber salvado, pero solo era una suposición. Estábamos perdidos en medio de casi la nada, sin nadie a nuestro alrededor, sin poder comunicarnos, alejados de la civilización.

Calculamos cuanto nos quedaba aproximadamente para llegar al pueblo, llevábamos andando unos veinte minutos, y si no recordábamos mal, a la llegada tardamos una hora en subir. Estábamos cerca, no nos quedaba mucho para llegar a lo que podía ser nuestra salvación, a un precio muy alto, el perder amigos, aquellos que nuestro recuerdo había comenzado con ellos en el colegio.

No podíamos perder mucho tiempo, y estaba claro que nos quedaríamos allí o continuaríamos, estábamos expuestos a ese peligro y esa devastación de nuestras vidas. Continuamos como lo habíamos hecho la última vez, juntos de la mano avanzábamos formando un círculo cerrado. Nuestras manos temblaban a la incertidumbre, a lo inesperado, al paso de los segundos, al de los minutos que descontábamos por llegar o por que fuéramos arremetidos por la fuerza que parecía provenir del mismísimo infierno.

Demacrados y exhaustos continuamos ladera abajo de la Sierra de Gredos, parecía mentira que un paraje natural de una belleza descomunal, donde la diversidad de las criaturas regalarían nuestra vista, donde los riachuelos del deshielo apreciaríamos, nada de eso estaba pasando, ni una sola criatura vivía en este infierno, parecía una tierra paralela a todo lo que conocíamos de esta sierra.

Todos, de repente nos quedamos estáticos. A lo lejos volvíamos a escuchar ese sonido que perturbaba nuestras entrañas, por nuestros ojos resbalaban esas lágrimas, el pánico asomaba más fuerte por todo nuestro cuerpo, el espanto de que quizá uno de nosotros perdería su vida. Nos repetimos ante ese nerviosismo no romper el círculo, mi teoría estaba basada en que la última vez la carta calló fuera de él, estaba unido por nuestras manos, y quizá esa unión era lo que nos pudiera salvar.

Permanecimos amarrados, con aquellas fuerzas que nos pudieran quedar,

quizá sacadas del espanto que sentíamos. Lo sentíamos cerca, muy cerca, tanto que sentí como me acariciaba por detrás, daba vueltas a nuestro alrededor, una y otra vez, cada vez con más fuerza ese aire, esa fuerza hizo que nos eleváramos del suelo, su fuerza iba creciendo, como si estuviera enojado de la unión que poseíamos.

Con furia nos sacudía de un lado a otro, la tensión y la fuerza que ejercía en todos nosotros era tan fuerte, que estaba agotando nuestras fuerzas. Elevados en el aire, suspendidos como marionetas y manejados al antojo de esa fuerza desconocida, el cielo se tiñó con ese color rojizo, anaranjado y nuevamente ese sonido que parecía que todo el cielo se había desquebrajado delante de nosotros. El cielo no lo hizo, pero el suelo se partió en dos, apareció debajo de nosotros una grieta de unas dimensiones que entrarían camiones por ella, el resquebro lleno de lava, esa lava que se levantó y elevó casi a nuestra altura, pretendía una intimidación, cuando nos es que estuviéramos intimidados, sino muertos de miedo. Sin piedad la fuerza se convirtió en un tornado, parecía nuestro final, nuestras manos comenzaron a resbalar, tan solo nos unían unos cuantos dedos, pero apenas en unos segundo cada uno de nosotros salió sacudido con dureza y nuestros cuerpos cayeron con violencia al suelo. Tumbada boca abajo, vi que cada uno de nosotros se encontraba en una punta, nuestra unión había desaparecido, pero me encontraba inmóvil en el suelo, pegada, adherida como un imán. Cuando en un instante, como una mano de fuego cogió a María, envolviendo su cuerpo, mientras ella gritaba desesperaba de saber su final. Esa mano de fuego la elevó y la condujo justo a la altura de la grieta, su cuerpo se iba quemando poco a poco y sus gritos se apagaron. Ante nosotros vimos la desintegración completa del cuerpo de María, su ropa, su piel, sus músculos y sus huesos, no quedó absolutamente nada de ella.

Apoyé mi cara contra el suelo, cerrando los ojos, perpleja ante la impotencia y en ese momento desapareció todo ante nosotros, como si hubiera sido un espejismo, algo sacado de nuestras mentes. En esa calma del cielo cayó la maldita carta, parecía un juego de naipes ¿quién estaba jugando con nosotros? Jugar de esa forma hasta quitarnos la vida.

A rastras, como pude cogí esa maldita carta boca abajo, la levanté... era el tres de bastos...



Aun nos encontrábamos los tres que quedábamos por el momento alejados. A Lucía se le escuchaba llorar sin consolación, Carlos se mantenía estático, con los ojos abiertos de par en par, ni pestañeaba. Pude ver que una de sus piernas se encontraba retorcida, doblada sobre su propio eje. Mi aspecto, mis lesiones, me habían dejado las dos piernas completamente inertes, con un dolor y sufrimiento que se unía al tormento aterrador.

A rastras logré llegar hasta Lucía, intenté sosegarla, pero la verdad las palabras que salían de mi boca eran cortadas, ni podía terminar ninguna de las que había comenzado ¿qué decir ante tanto horror vivido o a tanta crueldad?

Lucía, tenía partidos varios huesos, de la pierna, de los brazos y no podía avanzar ni arrastrarse, se había quedado postrada en ese lugar. Su sollozo era desconsolador, apesadumbrado ante los acontecimientos infernales. Repetía una y otra vez que era su final, que su momento había llegado y que de allí no saldría con vida. Mi alma se destrozaba, la congoja, el vernos tan abrumados, aquejados por la violencia de ese tornado. Llegué como puede unos metros más lejos para acercarme a Carlos, abatido por completo se resignaba, se rendía ante la vida, desalentado y afligido, casi sin aliento y casi sin vida en su mirada.

La única que podía avanzar era yo, intentar bajar a rastras a pedir ayuda, sin saber si me dejaría esa fuerza escaparme de este infierno, o si cuando llegara con ayuda estarían ellos vivos. No podía calmar a ninguno de ellos, porque no sabía cómo calmarme ni yo misma, solo intentaba mantener la cabeza fría, la templanza a la consternación y la pavora del temblor que recorría por todo mi cuerpo. Me resignaba a rendirme a abandonar para perder mi vida, abatirme no era una opción mientras tuviera un aliento de vida o flaquearan mis fuerzas.

Grité en el ausente aire, en esa atmósfera de terror que se convertía este paraje bello, que volvería a por ellos. Y a rastras comencé a descender, el pueblo estaba cerca, aunque mis ojos aun no lo alcanzaban. Rezaba, suplicaba la ayuda a todos los Dioses conocidos por el ser humano, mientras continuaba mi arrastre. Sentí que la tierra temblaba, me detuve y giré mi cabeza hacia

atrás. Veía a lo lejos a Carlos y Lucía tendidos en el suelo, esperando lo inevitable, sometidos al desfallecimiento de sus almas. En la lejanía podía ver como una nube de polvo inmensa se acercaba deprisa y sin pausa, como si fuera una de las olas más grandes que jamás hubiera visto, y ese cielo volvió a teñirse pero esta vez de un negro azabache, oscureció todo a nuestro alrededor, entrando la noche mientras esa ola de arena avanzaba. Cuando se acercó a Carlos, de una manera descomunal se elevó hacia arriba como un rascacielos, retrocedió unos metros, y cogió impulso, tanto para elevar el cuerpo abandonado de Carlos, ascenderlo al cielo, dejándolo suspendido en el aire mientras nuevamente se retiraba para coger fuerza y entonces, mis ojos vieron como su cuerpo fue traspasado por millones de granos de arena, las partículas de su cuerpo, de su forma se desvanecieron por completo, tan solo quedaron partículas en el aire de él. Agarré con mis manos el suelo ante la impotencia de ver una vez más ante mis ojos una muerte, la crueldad y la violencia ante nosotros.

En esos momentos no veía a Lucía, esa arena quizá la había dejado casi sepultada, yo seguía intentando mirar cuando esa nube de arena llegó hasta donde me encontraba, cerré mis ojos y me aferré al suelo bajo mis rezos, bajo la súplica y a imploración que terminara todo, y a así fue, todo desapareció, no se escuchaba nada, volvió el silencio y resurgió la luz del medio día.

Abrí los ojos y me deslumbró la luz y el color azul del cielo. Grite acto seguido el nombre de Lucía, quien a los lejos contestó, en gritos de locura y desesperación, cuando ni tan siquiera podía salir corriendo de allí.

Lucía, en un momento de cordura, se despidió de mí, haciéndome recordar cada momento que habíamos vivido juntas, cada risa y cada abrazo que nos habían unido cada día un poco más. Decía que allá donde fuera estaría conmigo, repetía una y otra vez que tenía que salvarme, que tenía que sobrevivir a esta pesadilla, que tardara muchos años en reunirme con ella. Yo tenía la fuerza aún para no rendirme y la mente fría para vencer a lo que nos enfrentábamos.

En ese momento ante mí vi la carta, el dos de bastos y callé para justo en esa despedida de sentimientos, de emoción y afecto, ante nosotros el cielo volvió a oscurecer, apareciendo ante nosotros una tempestad. Rayos y agua

nos cubrían, la ventisca jugaba con Lucía y un tornado bajó del cielo desquebrajado, un tornado de agua, un mar en medio de esa montaña bajaba del cielo, acompañado de un diluvio de una cellisca virulenta. Lucía en sus últimas fuerzas, se levantó y se encaró con los brazos semi abiertos a ese tornado que se detuvo ante ella. En ese momento ese tornado de agua se convirtió en afilados cristales, parecían millones de cuchillos afinados, sin piedad atravesaron el cuerpo de Lucía, rompiendo su cuerpo en mil pedazos que fueron con impulso mandados a la lejanía del cielo.

Mis ojos habían visto demasiadas crueldades y los cerré por completo para rogar que terminara, para conjurarme a quien fuera, llorando ante la desesperación, hundí mi cara en el barro, un cuerpo tirado en el suelo de carne y apenas casi ni fuerzas. Cuando paré sobre mis súplicas, me percaté que todo había pasado nuevamente, abrí poco a poco mis ojos y ese sol me cegó, delante de mí, clavada en el suelo, el as de bastos. Solo quedaba yo...

Aquella impotencia en todo mi ser, los horrores vistos, mi mente estaba perpleja y anonadada. La maldita carta, la última ante mi ojos llorosos, ante la congoja que había invadido cada parte de mi ser. MI aliento entre-cortado, mi desesperación y mi dolor, se habían apoderado por completo de cada rincón de vida que aún tenía. La fatalidad de este fin de semana, la muerte de mis mejores amigos, el descontrol de los sucesos, nada podíamos hacer, habíamos estado sentenciado quizá desde el primer día que habíamos llegado.

MI cuerpo estaba lleno de lesiones, ni tan siquiera podía levantarme del suelo, arrastrándome como un reptil sobre la arena mojada que había dejado el tornado de un mar embravecido en medio de un paraje, a unos quinientos kilómetros donde se ubicaba este. Mi mente repasaba una y mil veces todo, desde el principio, quería saber que era lo que podía originar esa ira de los elementos de la tierra, esa fuerza y esa ira hacia nosotros, los que siempre fuimos protectores de ella, que bestia se ocultaba detrás de todo, el infierno mostraba sus puertas, por las cuales seis de nosotros habíamos pasado.

MI pensamiento vislumbraba el recuerdo quizá de la cercanía del pueblo, ya no podíamos hacer nada, me temía que Carla, la única que desapareció de la nada, estaría muerta. Agarré con fuerza el suelo, las fuerzas me fallaban, pero

como pude, conseguí arrastrarme como si fuera una serpiente por el barro del suelo, intentando seguir la senda que nos trajo a este infierno. Avancé lo más rápido que pude, con un dolor casi insoportable por dentro y por fuera, rezando todo aquello que me habían enseñado, pidiendo clemencia a Dios, a la naturaleza y al mismísimo diablo.

Mi corazón empezó a bombear sangre a una velocidad muy cerca de sufrir un paro cardíaco, las pulsaciones se me salían por el aliento entre-cortado, todo mi cuerpo comenzó a temblar, unos espasmos de terror y congoja, sabía lo que se acercaba por detrás, la intuición me alertaba. Giré mi cabeza levemente y miré atrás, a lo lejos el cielo se estaba tiñendo de negro, se escuchaba un silbido en la lejanía aterrador. Como podía respiraba, con espasmos por todo mi cuerpo. Se avecinaba quizá mi final, mis fuerzas estaban en su límite y no sabía si podría aguantar otro enviste de esa fuera ya fuera: aire, fuego, la tierra o el agua.

Me quedé estática, quieta en ese mismo lugar, ni moverme, pegada al suelo, como si me hubiera convertido en una roca caída en una de las lluvias de meteoritos, convertida es una figura más del bello paisaje de esta sierra. Cerré los ojos, y en voz baja comencé mis súplicas. Por las piernas sentí la caricia de ese aire, rondaba el contorno de mi cuerpo, cada vez más brusco con mi cuerpo inerte, me movía en el barro, me desplazaba con su fuerza de un lado para otro, pero yo continuaba con mis ojos cerrados. Sentí el calor a mi alrededor, abrasador, como si me hubiera adentrado en el infierno o si estuviera metida en una casa con llamas, la boca de un volcán. Sabía que ese calor estaba provocando en mi cuerpo quemaduras, sentía el escozor, el dolor de quemarme y ser desintegrada como partículas en el aire de cualquier materia. Después comenzó una ventisca de aire, la fina arena se me clavaba como millones de alfileres en mi piel. El dolor era insoportable e intenté concentrarme en mis oraciones, no terminó todo, cuando sentí que mi cuerpo parecía una pluma mojada, navegando como un barco a la deriva, sin rumbo, estando al antojo de la naturaleza, de las olas que me atizaban con fuerza para me hundiera bajo las aguas y terminar así con mi vida.

Aguanté, aguanté el enviste de todas la fuerzas como jamás en mi vida lo

había hecho. Resistí a la virulencia, a la atrocidad, a la desesperación de que quisiera acabar con mi vida. Mis ojos estaban sellados, no quería abrirlos, en las últimas veces todo había terminado cuando mis ojos permanecieron cerrados, ciegos a cuanto ocurría a mí alrededor. Así lo hice y así pasó, enseguida todo terminó, todo cuanto me había rodeado finalizó. Aun con el miedo, el descontrol de todo mi cuerpo no quise abrir mis párpados.

Continué mi camino a ciegas, como si me hubieran quitado el don de poder ver, ese don que parecía el que hiciera que perdiéramos la vida en este lugar, mi intuición hizo que me arrastrara colina a bajo, hasta notar con mis manos por fin esa carretera, ese duro camino asfaltado, seguí y seguí arrastrándome hasta que en la lejanía algo me asustó nuevamente, pero no era la fuerza, no era lo que había terminado con la vida de mis amigos, se acercaba un coche y poco a poco escuchaba como aminoraba su marcha hasta parar mi cerca de mí.

Escuche dos voces, de una mujer y de un hombre. Asustados ante mi estado, al encontrarme tendida en el suelo casi sin apenas aliento. Al poco rato las sirenas de fondo, pero a pesar de los esfuerzos no abría mis ojos, el terror de que volviera en mí la pesadilla real que había dejado mi mente marcada, mi cuerpo y todo mi ser. Debí de perder la consciencia en alguno de los momentos, porque cuando me desperté sin aun abrir mis ojos, me encontraba en algún lugar cómoda, casi sin dolores, y reposada en un lugar blando y placentero. De fondo escuchaba pitidos, estaba en el hospital y con las yemas de mis dedos toqué mi cuerpo. Se encontraba lleno de cables y de vías cogidas.

Quizá había llegado el momento de abrir mis ojos y volver a la realidad fuera cual fuera, me encontraba ya en un hospital y quizá todo había terminado. Cogí aire y poco a poco fui abriendo mis ojos, despacio, asustada se habían disparado mis pulsaciones. Ante mí se hizo una luz blanca, me encontraba en una habitación, poco a poco definió mi vista todo cuanto me rodeaba.

Quería ver mi cuerpo, ver mi cara y ver quizá mis ojos, aquellos que habían albergado el horror a cuanto había sucedido en esa ladera. Me levanté como pude a pesar de todos los cables y me dirigí al baño, frente a ese espejo mis

ojos me reflejaron, de un color azul, un mar de profundidad, me acerqué algo más y en ellos vi reflejado el fuego, el aire y la tierra, poseían vida por si solos, miré mis manos aquellas a pesar de estar vendadas noté una fuerza en ellas que no era la normal, vi salir de ellas una llama, cerré mi puño ante el susto y se apagó. No era yo, mis expresión, mi cuerpo me decían que era otra personas. Volví a abrir la mano y nuevamente sentí ese calor que se convirtió en fuego.

Horrorizada me miraba al espejo, aquello que había sucedido, aquello que había matado a mis amigos, eso.... en eso me había convertido, mis ojos eran el reflejo de esas tormentas y esas tempestades. Sentí que alguien entraba en la habitación y me llamaba, cuando giré mi cara como de la nada una llama salió de mi mirada, sin que pudiera hacer nada apareció el horror en la cara de la enfermera quien en poco segundo quedó calcinada.

Caí de rodillas ante esa situación, era el mismísimo diablo de los elementos, aquello de la montaña me había convertido en un monstruo, en algo que jamás hubiera querido. Arranqué todos los cables y como pude salí de aquel hospital despavorida, quería alejarme de todos para no hacer daño a nadie, para no ser un peligro y que volviera la pesadilla no solo a este pueblo, sino a todas las ciudades.

Me escondí en un lugar remoto, un lugar inexistente de vida a muchísimos kilómetros a la espera de ver mi vida pasar ante mis ojos. En la soledad, en la furia, en la demencia y en el pesar de esas muertes. Cerré mis ojos ante todo lo que me rodeaba porque lo quería mirar. Llené aquel lugar de carteles donde solo ponía “NO MIRES” pero aun así un día... ese día apareció una excursión de jóvenes aventureros que no hicieron caso de las advertencias y lo fatal estaba por suceder al descontrol de la furia que poseía por dentro.

**FIN**